

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.
— Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año. — Número suelto, 10 céntimos. — Atraso, 25. — Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

LO DE LOS SELLOS

Málaga.—La idea de los sellos, llevada a la práctica, romperá con los moldes del acostumbrado charlatanismo de los republicanos haciendo algo más útil, como es reunir fondos para las ocasiones. Contribuiré a los primeros gastos con 10 pesetas y reintegrarme en sellos republicanos. *La Bomba.*

Madrid.—Querido Pepe: Le enviaré 10 pesetas para lo de los sellos. *G. Estrada.*

Cullera.—Cuenta usted para lo de los sellos con 25 pesetas de don Agustín Costa, 10 de don Salvador Píris, 5 de don Francisco Prats y 5 de don José Pedrés. *José Vallet.*

Segovia.—Cuenta para el gran pensamiento de los sellos con 5 pesetas mensuales más y otras 5 en la misma forma de varios republicanos. *Mateo García Matabuena.*

Tijola.—Disponga usted de 5 pesetas. Creo que más adelante contribuiré con otras 5. *Francisco López.*

Cádiz.—Cuenta conmigo para todo y con 5 pesetas para los sellos. *Rafael Rodríguez.*

Santander.—Creyendo útil lo de los sellos, le remito 5 pesetas; y si no se hacen, le autorizo para que las destine a lo que mejor le parezca. *Salustiano García López.*

Santa Cruz del Retamar.—Habiendo oído decir a algún republicano que esto de las suscripciones es con el fin de sacar dinero y luego hacer de él mangas y capirotes, cuento usted con 5 pesetas para lo de los sellos, a pesar de que no pensaba contribuir más que con dos. *Esteban Salama Cabrero.*

Bilbao.—Pongo a su disposición para los primeros gastos, la insignificante cantidad de 5 pesetas. *José Rodríguez.*

Pamplona.—Por lo pronto cuento usted con 10 pesetas más. *F. M.*

Alicia.—Se le remitirán cuando usted disponga, 4 reintegrarnos en sellos, las cantidades siguientes: José Guasp, 6 pesetas; B. Marco Simeón, 6; Ramón Iborra, 6; Francisco Romeu, 5; Vicente Sanchiz Barberá, 4; Francisco Negrache, 3; Vicente Sanchiz Ballester, 3; Antonio Bellvert, 3; Miguel Serra, 3; Bernardo Bellvert, 3. *José Guasp.*

Ontñena.—Cuenta con 3 pesetas para lo de los sellos. *Ramón Vall.*

Castellón.—Disponga usted de 2 pesetas. *José Torres.*

Zafra.—Cuenta usted con una peseta. *José Roger.*

Asuaga.—Enviamos a usted para lo de los sellos, Enrique González, 1 peseta; José Moruno, 2; Diego Sala, 1; Silvestre Carrizosa, 2; Pedro Molina, 0,50.

Oviedo.—Cuenta con 5 pesetas para lo de los sellos, y si hace falta otra cosa, cuento conmigo. *Remigio López.*

Y A PROPÓSITO

Sólo se han adherido al pensamiento de emitir sellos algunos periódicos republicanos, y lectores de El Motín, amigos míos en gran parte. Las cantidades ofrecidas hasta la fecha ascienden al total de 1.600 pesetas próximamente.

No habiendo con ese total bastante para hacer la emisión bien hecha y en la forma que pensé, he estado a punto de decirles a los que se han suscrito: «Queridos correligionarios: gracias por la intención. Pero ya ven ustedes que no es posible realizar el pensamiento.» Mas, pensando bien el pro y el contra, he concluido por decirme:

«Hay que llevarlo a cabo; asunto en que, aun saliendo mal, puede quedarse bien, debe siempre emprenderse. ¿No se ha reunido lo necesario para hacer de una vez los cuatro sellos que propuse? Se hará uno, el de diez céntimos, y conforme vaya vendiéndose, la emprenderemos con los otros. ¿Que no se coloca ni siquiera ese uno? Pues aquí concluyó el sainete; perdonad sus muchas faltas.»

El problema...

(Triste es vernos obligados a considerar problemático lo que debería ser tan sencillo y hacedero; pero ¡qué remedio! así nos encontramos.)

El problema, repito, no es muy complicado, no. O los sellos se hacen y se venden en cantidad bastante para aplicarla a fines prácticos, o se hacen y no se venden. En el primer caso, las circunstancias impondrán la norma de conducta. En el segundo, habremos perdido unos cuantos céntimos la cantidad empleada en la emisión, y nos distribuiremos equitativamente los sellos, bien para empapelar las paredes de nuestras habitaciones, bien para guardarlos y legárselos a nuestros hijos en testimonio de la supradicha candidez.

La cláusula del testamento podría ser esta: «Item: sellos con el busto del patriota Orense, por valor de... que hicimos unos cuantos lilas el año 1900, creyendo que los hombres del republicanismo aprovecharían la ocasión para reunir algunos fondos que permitieran atender a necesidades perentorias; idea que no dió maldito el resultado, etcétera etc.»

Mas volviendo a lo presente, diré que en último término, y saliendo todo mal, ganariamos aún; por lo menos la experiencia de que, a la raza de republicanos que nada han intentado, hay que añadir la de los que se abstienen prudentemente de contribuir a todo lo que pueda facilitar una solución cualquiera en beneficio de la causa. Aun cuando ahora advierto que acaso esté cometiendo una injusticia al hablar así. ¿Quién sabe si la mayoría de los republicanos se reservará para cuando los sellos estén en circulación?

Comprenderá todo el que lea estas líneas, que no las tengo todas conmigo, como vulgarmente se dice; mas esto, en vez de detenerme, me impulsa. En último caso, no seríamos ni yo, ni los que contribuyesen a la emisión de sellos, quienes quedaríamos mal; serían los otros.

Otro punto debo tocar.

Mientras no comience a entrar dinero, nadie mangoneará en lo de los sellos mas que este cura. Después, sabiendo lo que debo a los demás, lo que a mí propio me debo, y el propósito que a todos nos gúfa, obraré de manera que satisfaga a los honrados.

Voy a concluir.

Es posible que estas explicaciones contribuyan a que alguien se crea relevado del compromiso contraído, más que por otra cosa, por temor al fracaso. Pero yo he debido darlas.

Los que, a pesar de estas explicaciones, o quizás por ellas, crean que debemos hacer los sellos, pueden irme enviando ya la cantidad que gusten, bien en letras, en libranzas del giro mutuo, en valores declarados, o en metálico. Girar desde aquí pequeñas cantidades cuesta mucho, y mermaría bastante los ingresos.

Y ahora, manos a la obra.

Si sale bien... pues ello mismo lo está diciendo. Si sale mal, obtendremos la ventaja de haber contrastado voluntades, anulado jactancias, y perdido esperanzas que, cuando son falsas, energían y desmoralizan, aparte que, como ha dicho no recuerdo quién, «el que se alimenta de esperanzas se expone a morir de hambre.» Y hora es ya de abandonar las que durante tanto tiempo hemos acariciado, si no estamos dispuestos a hacer nada por convertir las en realidades.

José NAKENS

«Aumente paquete a 35 números y consítele que todos los lectores de El Motín en Oviedo somos republicanos, y todos obremos».

Esto me dice el corresponsal de aquella población, y a fe que me agrada. Tan pocos republicanos de verdad van quedando en otras clases, que quizás venga la salvación por los obreros que van por la República al logro de sus ideales.

Mi respetuoso saludo a todos esos.

SILVELA Y GODOY

Pocas naciones habrá tan desgraciadas como España. Es difícil encontrar en la historia de los demás pueblos tipos tan repugnantes como Godoy. Podrán haberlos regido reyes o ministros crueles, avaros, opresores y despotas, pero eso de entregar la nación atada de pies y manos al enemigo, eso de vender por un plato de lentejas la independencia de un gran país, pocas veces sucede, y, sin embargo, a España le cupo la desgracia de registrar uno de los contados casos que se dan de semejante felonía. Godoy, el valiente del católico rey Carlos IV y el amante de su mujer, según se asegura, a cambio de un imaginario principado en los Algarbes, abrió las puertas de la patria a las tropas de Napoleón, y las legiones francesas se posesionaron sin obstáculo alguno de las principales plazas de la Península. Era de ver en aquellos momentos por cuán distintos caminos marchaban las aspiraciones del pueblo y los propósitos del gobierno. El pueblo, con ese instinto de que está dotado, veía en las tropas francesas a los enemigos de la independencia, a los que querían hacer de España una provincia francesa; el gobierno las colmaba de distinciones, les entregaba las fortalezas, las alojaba en nuestros cuarteles y se arrastraba humildemente a los

pies del coloso del siglo. Esa oposición de sentimientos se evidencia en el memorable episodio del 2 de Mayo. Mientras los paisanos indefensos corren a la lucha y derraman su sangre al grito de ¡viva España!, las tropas españolas, por orden del gobierno, permanecen encerradas en los cuarteles y presencian impávidas cómo pelean los que no son soldados a fin de salvar el honor de las banderas que a los soldados correspondía tremolar, en vez de ocultarlas vergonzosamente en los cuarteles de guardia. Si algunos militares pundonorosos como Daoiz, Velarde y Ruiz ayudaron al pueblo, fué desobedeciendo las órdenes del gobierno, sobreponiendo el amor a la patria, al culto a la disciplina. El pueblo español, a pesar de su atraso, su ignorancia y de la degradación a que le condujera la feroz tiranía de los Austrias y de los Borbones, mantenía incólume su honra, no se vendía, no se entregaba. Godoy, el amo del gobierno, el supremo árbitro en el régimen imperante, no sólo se vendía, se entregaba, sino que intentaba entregar y vender a España.

Ha pasado un siglo, período relativamente breve en la historia de las naciones, y a pesar de ser tan raro el caso que ofrece Godoy, vemos repetirse otro análogo con el gobierno que nos rige, cual si una maldición pesara sobre este país condenándole a morir, no por las faltas de sus hijos, sino por la voluntad de sus ministros.

Luchan allá en el Sur de África Inglaterra y dos diminutas repúblicas que no quieren soportar el yugo de la soberbia Albión. Acaso en esa guerra se decida el porvenir de España. Inglaterra vencida no soñará en nuevas aventuras, las Canarias y las Baleares dejarán de estar amenazadas, Portugal continuará siendo independiente, y el obstáculo con que siempre hemos tropezado al querer extendernos por Marruecos, sino desapareciera, perdería gran parte de su importancia. Inglaterra vencedora se apoderará pronto de Canarias y Baleares, no nos dejará dar un paso en Marruecos, someterá a su dominio Portugal, exigirá parte de las provincias de Oádiz y de Galicia, y quién sabe si atenderá a la independencia total de la patria. En el Sur de África se ventila la futura suerte de España.

El pueblo lo ha comprendido así, y todo él, sin distinción de partidos ni de ideas religiosas, se siente más o menos boer, como decía el señor Canalejas en el Congreso; todos seguimos con interés la campaña del Transvaal regocijándonos de las derrotas de los ingleses y haciendo votos por el triunfo de aquellos valientes republicanos.

Esto piensa, esto siente y esto quiere el pueblo español, pero el gobierno obra de muy distinta manera; el gobierno español, ese Silvela que aspira a ser émulo de Godoy, está ayudando a Inglaterra con menosprecio de las leyes de la neutralidad. Aquí en España, donde los ingleses usurpan un pedazo de territorio, en esta nación que ha sido vencida por los Estados Unidos merced a la ayuda que Inglaterra prestó a los yanquis impidiendo la acción de las demás potencias, en este pueblo al que se le negó el carbón para aprovisionar sus barcos declarándolo contrabando de guerra, vienen los ingleses y compran granadas, y mulos para su artillería, y públicamente reclutan soldados para su ejército, sin que el señor Silvela lo prohíba, antes al contrario, inventando hábiles disculpas para justificar la exportación de 8.500 proyectiles por el puerto de Bilbao.

El señor Silvela podrá emplear todas las habilidades que le sugiera su maquiavelismo para explicar su actitud, pero el pueblo verá en él al imitador de Godoy, y mañana, cuando Inglaterra atente contra España, vendrá a las mentes la protección que a Inglaterra dispensó el jefe del gobierno de doña Cristina de Habsburgo.

En los comienzos del siglo el pueblo odiaba a los franceses que pretendían conquistarnos, y Godoy ayudaba a éstos; al finalizar el siglo el pueblo odia a los ingleses que han contribuido a nuestra derrota y que amenazan nuestra independencia, y Silvela les ayuda en la guerra del Transvaal.

Ante semejante delito de lesa nación es preciso que se formulen protestas en todos los pueblos de España, y ya que los diputados callan, obliguémosles a que lleven a la barra al amigo de los ingleses.

A la barra Silvela. Queda no queda impune ese desamor a España. Al menos nuestros antepasados protestaron en Aranjuez contra Godoy, debiendo éste su salvación a unas esteras entre las que se escondió.

¿Es que los españoles de 1900 hemos caído más bajos que los de 1808?

G.

PUEBLOS Y REYES

Los pueblos tienen la costumbre idiota de atribuir al rey lo que ellos hacen. Se baten; ¿de quién es la gloria? del rey.

El pueblo le ama porque es muy rico. El rey recibe de los pobres un escudo y devuelve a los pobres un liar. ¿Qué generoso es!...

El coloso contempla al pigmeo que tiene encima. — ¡Qué grande es! — exclama — lo llevo en mis hombros. — El enano tiene un medio excelente para ser

más alto que el gigante, y es subirsele sobre los hombros; pero que el gigante se lo deje emplear es lo extraño; y que admire la grandeza del enano es una estupidez. ¡Tal es la inocencia humana!

La estatua ecuestre, reservada para los reyes, representa muy bien su soberanía; el caballo es el pueblo, pero ese caballo se transfigura lentamente; al principio es un asno, al fin es un león; y entonces arroja al suelo al jinete, como en 1642 en Inglaterra, y en 1789 en Francia; y algunas veces también le devora, como en Inglaterra en 1649, y en Francia en 1793.

Que el león vuelva a ser borrico, asombroso, pero sucede.

VICTOR HUGO

LA PESTE FRAILUNA

En todos los buques de la Transatlántica vienen frailes de matute, para que el pueblo no se entere y prepare un contundente recibimiento a los que han sido causa de la muerte de tantos infelices españoles y de la pérdida del archipiélago.

Pero como los frailes que quedan todavía en Filipinas son unos 1.000, (ya han venido más de 500), el problema de vomitarlos en España sin que sean vistos es difícil de resolver, y parece que se ha acordado lo siguiente: embarcar a toda la morralla frailesca en dos vapores, que hagan el viaje directo desde Oceanía a Europa. Una vez en el Mediterráneo irán haciendo escala en los puertos de Italia, como Génova, Lióna y Oivitatechía, y en los de Francia, como Marsella y Oette, con la idea de que en cada puerto desembarque un número de frailes, y por ferrocarril se dirijan a los muchos conventos y casas que poseen en la Península.

Y a conspirar desde ellos contra la libertad, a timar con el cartucho de perdigones de la salvación eterna, a embrutecer al pueblo, a degradar la juventud y a preparar la guerra civil.

Y nosotros, los españoles, por bajo de los tagalos en dignidad y valor, puesto que consentimos sin protestar la invasión de esa gentuza.

¡Si tendrán que venir los yanquis a librarnos de ellos!

Gobernados y gobernantes

No hemos de emplear el tiempo, al ocuparnos de estos últimos, en lanzar cargos tremendos sobre ellos.

Ni siquiera vamos a llenar de impropiedades a Sagasta y a Silvela.

¿Para qué? Todo el país conoce lo que son y de sobra sabemos todos que de ellos nada puede esperarse que sea útil y beneficioso para esta nación a quien, abusando de las frases hechas, se ha dado en pintar como víctima de sus malos gobernantes, cuando en realidad sólo lo es de su propia indiferencia y apatía, por lo que atañe a su política.

Los gobernantes de todos los países y de todas las épocas, por lo general, siempre lo hacen mal; la opinión pública, el pueblo, los gobernados son los que hacen que los gobernantes sean buenos o malos.

Siempre los gobiernos, más o menos aproximadamente, reflejan con sus actos y con su política el estado general del país a cuyo frente se encuentran.

Así como es inconcebible que en un pueblo viril, entusiasta, ilustrado, progresivo, conocedor de sus prerrogativas y dispuesto a no consentir ninguna transgresión de sus derechos, pueda subsistir un gobierno arbitrario y compuesto por nulidades, tampoco es lógico pedir que en un país que ha llegado en su rebajamiento moral a mirar con indiferencia y desprecio los más nobles ideales del espíritu humano, a no sentir el estímulo que impulsa a la realización de las aspiraciones que deben tener todos los hombres amantes de su libertad y conocedores de su propia dignidad, sumido en la ignorancia y el fanatismo, surjan gobernantes, capaces, justos, de ideas altruistas y que éstos sean los únicos que hayan de dar remedio a esos males, reformando por medio de una política sabia la condición moral de todo el país.

No; reconozcamos y digamos con toda sinceridad que esto no puede pedirse. Para esto sería preciso que de esta colectividad, viciada, decadente, excéptica, anémica y medio muerta por falta de nutrición física e intelectual, surgieran unos cuantos hombres excepcionales, de genio superior, que fueran algo anormal y exótico y que hicieran ellos solos como gobernantes lo que el país en masa no hace ni quiere hacer.

Y conste que no es esto repetir, más o menos artificialmente, la frase vulgar de que cada pueblo tiene el gobierno que se merece. Es señalar sencillamente el defecto en que todos más de una vez hemos caído, de culpar a los gobiernos y a los gobernantes de todos los males, desastres y vergüenzas que caen sobre el país, cuando la mayor parte de las veces éste solo es el único culpable de sus propias desdichas.

¿No tiene siempre y a todas horas en su mano la vida de los gobiernos? ¿Son éstos malos y los tolera? ¿De quién es la culpa?

Ciñendonos a estos últimos tiempos, desde la restauración hasta ahora, todos hemos estado unánimes — exceptuando, como es natural, a los sectarios de cada partido — en que la política de Cánovas, Sagasta y Silvela ha sido la causa de todas las desgracias venidas sobre España. A la perniciosa influencia de los partidos y de las ideas representados por esos tres hombres se achaca el excepticismo, la ignorancia y el atraso en que se hallan las gentes en su misma mayoría; a la política y a la gestión gubernamental de esos partidos se culpa de la precaria situación económica del Erario; del funesto resultado de las guerras coloniales; de la sensible pérdida de nuestras posesiones de América y Oceanía; del enervante influjo del jesuitismo; de la funesta labor en pro del obscurantismo del clero y las órdenes monásticas, y, no obstante, esos partidos y esos hombres han gobernado y gobiernan, y el país calla y aguantando.

¿De quién es la culpa?

De esos y de otros hombres políticos estamos también hartos todos de decir, que han sido y son verdaderas calamidades para la nación.

Sólo cuando alguno de ellos se muere solemos hacerle elogios, más inspirados en un sentimentalismo tonto y en una costumbre rutinaria, que en la justicia y en la sinceridad.

De Cánovas, a quien se fingió llorar después de muerto como a un grande hombre, se dijeron horrores; la misma prensa que nos pintó su pérdida como una inmensa desgracia nacional, tres días antes de la tragedia de Santa Agueda decía de él que era el hombre más funesto y perjudicial que había tenido España.

De esta incongruencia de la opinión ¿tienen también la culpa los gobernantes?

Para Sagasta se ha apurado el vocabulario de los desuertos. De Silvela no ha quedado nada por decir.

Y siendo esto así; si esos hombres que son las primeras figuras de la política de la restauración y la regencia están reconocidos por tan incapaces, tan ineptos para el gobierno y tan poco fundamente racional y lógico se apoyan las esperanzas y las creencias de que ellos puedan salvar la situación anómala del país, ni con qué justicia y razón se les censura porque no den de sí otra cosa que la que pueden dar?

En concreto: la capacidad y la altura de los gobernantes está aquí en relación con la capacidad y la altura de los gobernados. Son ramas del mismo tronco, frutos de la misma semilla, y en sana razón y en buena lógica, no puede exigirse otra cosa.

Ponga el pueblo en movimiento su acción y sus energías; cíese el país de la postración en que está caído, y entonces, cuando la nación por su propio esfuerzo esté fuerte y erguida y al nivel en que deben estar las naciones que aspiran a ser y a representar algo en el concierto universal de los pueblos cultos y progresivos, tendrá los gobernantes de la capacidad y la altura que le son propias.

Entre tanto es ilógico é irracional que pretenda tener otros mejores, más aptos y más idóneos que los que ahora tiene.

José CINTORA

Uno de los de verdad

Señor don José Nakens.

Mi querido amigo y correligionario: Hace mucho tiempo que con interés vengo observando su insistencia en hacer algo práctico que merezca la pena con su valiente propaganda, que debiera enardecer la sangre a los que la tienen más tibia. Comprendo que no estará usted muy satisfecho del resultado, pero a usted no hay que animarle.

Adelante, mi buen amigo, con sus trabajos, sin temor a nada ni a nadie; ha llegado y hasta ha pasado la hora de quitar antifaces y caiga el que caiga.

La unión de los buenos republicanos es hoy una medicina para salvar al enfermo; la campaña de somatén está ya fundida; a su eco agrupémonos y respondamos cada uno con lo que tenga y pueda; seamos dignos de nuestros padres y abuelos. Por mi parte le de decirle que, a pesar de mis muchos años y desdichas sin cuento, mi sangre no se ha enfriado; tengo la misma fe, la misma energía, el mismo ardor, pero más hidrofobia que hace cuarenta años. Y como yo, amigo Nakens, conozco muchos que estamos en el último tercio, cuarto y quinto de la vida, pero dispuestos siempre a dar por la República lo que ya muchas veces hemos dado.

¿Quién sabe si en los días de prueba, los que llaman viejos veteranos, dando ejemplo de valor, consecuencia y patriotismo, formando en la vanguardia de la revolución, despertarán a esa juventud, hoy adormecida, y conociendo su error y torpeza, con la intrepidez de los pocos años y recordando las desdichas de nuestra patria, volverá por los fueros de la razón, el deber y la justicia!

Tengo la esperanza de que esa juventud, hoy viciada, atrofiada y alejada del campo republicano, ha de escuchar con frenesí y

caer como una avalancha sobre la monarquía, a nuestra voz de: levántate y anda.

Yo no tengo más autoridad que la de pasar de los setenta años y haber defendido toda mi vida unos ideales que amamenté desde niño; es decir, la consecuencia y el no haber firmado jamás ni una nómina. Pero al mismo tiempo no soy de los que tienen remilgos de monja y quieren que la ropa sucia se lave en casa; no opino que la ropa sucia debe ponerse al aire libre para que se purifique en bien de todos.

Ha llegado la hora de recomponer sin ambages ni rodeos, amigo Nakens: al vado 6 a la puente. Usted con su autoridad reconocida, con su desinterés, independencia y tacto, y los buenos amigos, que no han de faltarle, dejando a un lado toda modestia y teniendo en cuenta que el que da primero da dos veces, puede hacer mucho. La gloria y el dinero son para quien lo gana; a un lado los falsantes políticos y al otro los republicanos revolucionarios.

Opino, como usted, que el 11 de Febrero del año próximo debemos celebrarlo en el destierro, en el presidio 6 en el poder. De no ser así, el anatema de cobardes, sin vergüenza ni dignidad, caerá sobre todos nosotros.

Conque a elegir, republicanos.

Suyo afino, amigo y correligionario

PATRICIO CALLEJA Y PRIETO

La Iglesia en el teatro

Con admiración de algunos devotos dijeron los periódicos hace pocos días que en las principales iglesias de París se celebraban conciertos, de paga por supuesto. No me extrañó la noticia. La Iglesia ha entrado en el período de la decadencia, y a pesar de la ridícula exaltación de los fanáticos, los ingresos no son tantos como en pasadas edades; hay necesidad, pues, de modernizarse para procurar nuevos ingresos que sustituyan a los antiguos. Lo que no se dé para misas que lo paguen para oír una composición musical.

En lo que quizás muchos no se habrán fijado es que en España estamos más adelantados que en París. Allí se limitan a dar conciertos musicales en los templos; aquí no desdén la Iglesia de ir al teatro y convertir las tablas de la Zarzuela en un escenario para subir al cielo.

El 15 del corriente se celebró una función extraordinaria en el teatro de la Zarzuela de esta corte. En ella tomaron parte los artistas más afamados y durante siete horas estuvo el público saboreando... ¿caso alguna comedia mística?... Ca, no señor; las chulaperías de *El traje de luces*, los chistes de *La muela del juicio* y otras obras igualmente profanas y aun picarescas.

Hasta aquí, dirán los lectores, la cosa no tiene nada de particular. Efectivamente, los católicos, despreciando los consejos de la Iglesia y las opiniones de los santos, frecuentan el teatro, celebran los equívocos más o menos morales que salen de boca de los actores y aplauden a rabiar a las bailarinas que enseñan mucho las piernas; pero es el caso que la función del día 15 a que hacemos referencia fue a beneficio de una corporación religiosa, y no de una cofradía consagrada al culto de algún santo de poca importancia, sino de una cofradía consagrada al culto de la Virgen, de la congregación de NUESTRA SEÑORA DE LA NOVENA, que, por lo que se ve, es la patrona de la gente de teatro.

Resulta, pues, que con autorización de la Iglesia existe una cofradía a la que pertenecen los cómicos, y resulta también que se ha descubierto un camino nuevo para ir al cielo, no sabemos si tan recto y seguro como el del Padre Claret, pero si ciertamente más cómodo; ese camino es el de asistir a la representación de *El último chulo*. Mediante algunas psetas cualquiera pudo asistir a la Zarzuela, y desde luego que los que dieron dinero para una cofradía consagrada al culto de la Madre de Dios hicieron una buena obra por la que recibirán recompensa en esta vida y en la otra.

¡Bendita sea la obra del progreso! No sólo nos ayuda a dominar las sombras con la luz eléctrica, a salvar las distancias con el vapor y a aprisionar la palabra con el fonógrafo, no; traspassa los límites de la materia y acerca a nosotros el cielo. Antes, para conseguir esto era necesario ayunar, cubrirse de cilicios, formular votos de continencia y someterse a las austeridades más repulsivas. Ahora basta ir al teatro a escuchar a la Valverde y a la Slez. ¿Que no? ¿Quién se atreverá a negarlo? ¿Acaso el dinero pecudado el día 15 en la Zarzuela no va para una cofradía? ¿No se invertirá, por lo de mayor parte de él en misas, novenas y otras funciones religiosas? ¿Y es posible que el que ha contribuido a semejantes funciones no obtenga la protección divina? Indudablemente; y como por ese nuevo procedimiento para ir al cielo es más fácil que la gente se deje, proponemos que las funciones re-

ligiosas en los teatros se repitan con frecuencia asegurándonos así a todos la salvación eterna.

El cambio de la Iglesia en este punto ha sido radical. San Francisco en un *Opúsculo* (1) prohíbe dar limosna a los cómicos, y San Diego de Cádiz dice terminantemente que los curas y confesores «no absuelvan en manera alguna a los que asistan a las comedias, a menos de no dar una palabra firme y constante de no volver a ellas». (2)

¡Oh poder de las ideas liberales! La Iglesia, ya no sólo no excomulga a los cómicos y priva de los sacramentos a los que asisten a las funciones de teatro, sino que ella misma, por medio de una cofradía, organiza comedias y recibe dinero para misas ganado por la Pretel ó la Segura en *El galope de los siglos*.

Felicitemos al obispo, arzobispo de Madrid, por haber consentido que sus diócesanos inicien el progreso de llevar la Iglesia al teatro, adelante que producirá ópinos frutos espirituales a los fieles y grandes ventajas materiales al clero.

Sólo nos resta suplicarle al respetable obispo una cosa. Suponemos que algunas de las artistas que pertenecen a la cofradía de Nuestra Señora de la Novena son de aquellas que llevan demasiado corto el vestido ó demasiado largo el escote cuando salen a escena. El respetable señor obispo, que tanta influencia ejercerá sobre ellas desde el momento que figuran en una asociación religiosa, debe aprovecharla para corregir semejantes deshonestidades, velando así por la moralidad y las buenas costumbres de esas dóciles ovejas que han ingresado en el rebaño de Jesucristo.

No estaría de más colocar entre bastidores alguna pila de agua bendita para combatir las tentaciones del demonio que tanto abundan por allí.

Que se conozca que la Iglesia ha ido al teatro.

CAZALLA

La Verdad, de Castellón, periódico integrista, viene hace dos meses pidiendo al Gobernador, con lágrimas en los ojos, que resuelva el recurso de alzada sobre los Corazones de Jesús, que los neos le presentaron, y que lo resuelva a favor de ellos.

El gobernador no ha hecho caso aún, mas por si se lo hiciese, los republicanos están dispuestos a que no se burlen de ellos ni los unos ni los otros. No quieren conculgar con placas de Eibar y echarian mano para evitarlo de los medios que fueren precisos.

Impidase por quien corresponda un conflicto, que es seguro si alguien se empeña en complacer a los neos.

La mujer abogado

Emilio se ha casado con Julia; tiene ventiocho años y es abogado.

Julia cuenta diez años menos que su marido, y es una mujer tímida, hermosa, bien educada y no desprovista de talento.

Andando el tiempo tuvieron los conyugues dos hijos, un varón y una hembra, al paso que iba en aumento su fortuna.

Hicieron ingresar al niño en el Liceo Enrique IV, y la niña permaneció al lado de sus padres, asistiendo como externa a un colegio de señoritas donde se daba también un curso de derecho, que Julia no había consignado en el programa de estudios de su hija.

Emilio se empeñaba en que la niña asistiese a dicha clase, y entonces decía Julia:

—¿Qué necesidad tiene nuestra hija de saber leyes? Eso corresponderá a su marido.

—Y si su marido la engaña? ¿Y si la asesina? Considera, Julia, que una mujer puede quedarse viuda y ser tutora de sus hijos.

—¿Vas a hacer de esa criatura una doctora?

—No; pero quiero que tenga al menos una tinctura de derecho.

Y así fué, con efecto. Julia se resignó y comenzó a repasar las lecciones a su hija, hasta el punto de que llegó a aficionarse de un modo extraordinario al estudio que había emprendido en provecho exclusivo de la niña. Compró libros de derecho por su propia cuenta, y no tardó en ser una mujer entendida en la materia.

Trató en un principio de ocultar sus progresos a su marido, pero al fin se atrevió a hacerle objeciones y a discutir con él, logrando vencerle en el debate entablado.

Desde entonces comenzó una nueva era. Julia conocía sus derechos acerca de la administración de los bienes conyugales, y estaba resuelta a ponerlos en práctica. Esto entró de un modo especial las buenas relaciones entre los esposos.

Marido y mujer se consideraban como asociados, cuyos intereses eran comunes y a la vez opuestos. Sus conversaciones tomaban a veces el carácter de una conferencia entre dos letrados que abogan por sus respectivos clientes.

Emilio renunció a la intimidad con su mujer, creyendo que no debía tener ciertas familiaridades con un colega tan entendido y tenaz. Julia hizo tomar el bachillerato a su hija, y a principios de Octubre se dirigió a la Facultad de Derecho para matricular a la niña.

(1) Opúsculo IV, libro 2.^o
(2) Dictamen sobre asunto de comedias y bailes.

—Guardaremos nuestro secreto—le decía—porque tu padre es un hombre lleno de rancías preocupaciones.

La madre presentó en la secretaría el título de bachiller y la autorización de los padres, firmada tan sólo por ella.

—¿Es usted viuda?—le preguntó el secretario por cortesía, puesto que conocía a Emilio, a la sazón diputado por París.

Fué denegada la petición, y no hubo más remedio que desfilarse todo al padre, el cual se aterró ante la idea de tener algún día por colega a su hija.

Discutieron los esposos, y Julia quiso hacer valer los derechos maternales, tachando de defectuosa la legislación que los pone a los dos del padre.

Marido y mujer no tardaron en ser también adversarios políticos, y aunque se necesitaban mutuamente, concluyeron por no agradarse ni darse prueba alguna de afecto y simpatía.

Julia no era ya mujer de su casa ni institutriz de sus hijos, ni guardadora del honor y de la felicidad de su esposo. Lo único que quedaba de común entre aquellos dos seres era el amor a su hija, la cual había llegado a la edad de contraer matrimonio.

Emilio fijó sus ojos en un joven de la alta sociedad parisiense, para quien la hija de un gran abogado cuyo despacho producía doscientos mil francos anuales, podía ser un excelente partido.

El padre encargó a un amigo que tantease el terreno. Pero el amigo se vió obligado a suspender desde luego sus tentativas diplomáticas, y dijo a Emilio que no había que pensar más en el asunto.

—Pero ¿por qué? ¿Qué excusa ha dado? ¿Está comprometido con otra? ¿Alguna calumnia quizás?

—El amigo confió su secreto al abogado.

—¿Es posible?

—Sí; me ha dicho que no quiere tener nada de común con tu mujer. Su familia y él han tratado a Julia de un modo tan injusto como abominable.

Puesto Emilio sobre aviso, desenbrió que el caso no era aislado, y que en los círculos políticos y judiciales todo el mundo injuriaba y calumniaba a su esposa.

Creó que debía atajar el mal en sus raíces, y aprovechando la primera ocasión, desahó a uno de los calumniadores.

Al día siguiente Emilio fué llevado a su casa con una herida que ponía en grave peligro su existencia.

Estuvo delirando por espacio de algunos días, y cuando recobró el sentido al cabo de una semana, encontró a su lado a su mujer, que no le había abandonado ni un solo instante, arrepentida y anegada en llanto.

Ante aquella catástrofe, que parecía inevitable, había renacido el antiguo amor de la esposa. Julia sabía que aquel hombre iba a morir por haber defendido su honor y su reputación.

Emilio dejó de existir en sus brazos, y la pobre viuda no pudo consolarse jamás de su desdicha.

Pasó el resto de su existencia consagrada al cumplimiento de sus deberes y al cuidado de sus hijos, y cuando hablaban ante ella de cierta reivindicaciones, murmuraba a media voz:

—La mujer debe ser siempre mujer.

Y al morir dijo a su hija:

—Si quieres ser feliz, conságrate a hacer dichosos a cuantos te rodean. La mujer desempeña el principal papel en la familia, sin que tenga más norte que el de la enseñanza del deber ni más misión que la de mitigar los dolores de la humanidad.

JULIO SIMÓN

Creo que la prensa de gran circulación debería hacer una campaña enérgica, a fin de que al gobierno hiciese extensivo el último indulto a los anarquistas que están en presidio por los sucesos ocurridos en Jerez allá por Enero de 1892.

Sería obra humanitaria, de justicia, y, lo que es más importante, de equidad.

Claro es que me alegraría mucho más, si a la vez de intentalo la prensa, la realizaba la minoría republicana.

Pero no me atrevo a indicárselo. ¡Se halla tan abrumada de trabajo! ¡Pesan sobre ella tantos y tan penosos deberes!... El de callar... el de no hacer nada...

Por esto no me decidí a suplicarla que tome por su cuenta este asunto.

La tierra de los chulos

En todas partes la masa popular tiene un poema ígnea y una sencillez de cosa virgen que seducen.

Es preciso llegar a Madrid, entrar en sus teatros, añadir al ruido de sus fiestas y dejarlos invadir por los cantos sin sentido de sus borrachas para encontrarnos con una masa popular que ha muerto, que hiede y se corrompe como las últimas raíces de una planta en lo interior de una maceta que no se riega.

La afirmación es tan horrible y desconsoladora que traté de buscarla paliativos antes de formularla claramente. Fué una peregrinación en busca del alma de Madrid durante largos días. Me hundí en los barrios bajos. Y un rávén de gentes andrajosas, un continuo amontonarse de inmunidades sobre las piedras lodosas de las calles, un aspecto monótono, rectilíneo, igual en las casas, desprovistas de carácter típico, de floja y fría provincia, como si las habitaran y las visitaran muertos, me decoraron desde el principio. Cuando los hombres tienen un alma viva la derraman sobre las cosas que les rodean y las cosas viven con ellos una vida de salud y de abundancia. En los pueblos donde la cosecha ha sido buena y se han cubierto de racimos las viñas de los campos, to-

man los hombres y las viviendas un aspecto alegre, se huele a ropa nueva y se remozan con colores limpios las maderas de las puertas viejecitas. La suciedad, constante y repetida, es el primer anuncio de la ruina que se acerca. Y aquellos barrios bajos de Madrid, cenagosos, abandonados a sus propias fuerzas, sin una mano joven que los limpie, sin un grito de garganta sana que los alegre, sin una maceta de flores frescas donde se recojan las delicadezas de un corazón de virgen, aquellos pobres barrios bajos, fosa común de innumerables familias de mendigos, huelen a cosa muerta desde lejos y ponen frío en el corazón del extraño que los visita. Centenares de tabernas, enfiladas a lo largo de sus calles, abren sus cubas de aguardiente corrosivo sobre los vasos de los pobres mozos, que beben en ellos la muerte de sus almas y el sueño de sus cerebros contrahechos. Una marea de indiferencia y de amarga desengaña pliega las facciones pálidas de nuestros chulos tristes. Tienen la impertinencia y la intemperancia hostil de las razas inferiores; su orgullo y su fuerza primitivas han degenerado en una vanidad pequeña y femenina. Incapaces de comprender la energía de los músculos tendidos, profesan el culto de las líneas curvas y de las carnes abundantes. Sienten una admiración infantil muy común entre los seres débiles por el heroísmo y por la fuerza. Y fabrican la leyenda del malón y del perdonaavida con gestos de nostalgia al relatarla.

Obligados a hablar siempre de sí mismos, porque su miopía intelectual y la sequedad de su espíritu les imposibilitan para toda vida de relación, son hipócritas y embusteros. Y viven entre ellos la vida del amor con la acentuación de la vida de los perros. Cada galán recibe el dinero de su hembra y se lo gasta cortejando a las hembras de los otros. Ni ellos se han sentido nunca con el suficiente vigor para realizar las grandes dominaciones pasionales, ni ellos creen tener otra cosa que su cuerpo, su pobre cuerpo cansado que enferma rápidamente.

Carecen de verdadera poesía sus paliques amorosos. Las palabras son pesadas, tibias, espesas como carne. Gozan en que la conversación se haga sensual; sienten una delectación morbosa en hablar de su propio cuerpo, de sus pechos, de sus hombros, de sus labios y de sus caderas. Han retrocedido a las primeras épocas del mundo. Como si el hombre no viviese todavía, os hacen asistir al primitivo y triunfal desenvolvimiento de la materia. Son masas carnosas moviéndose en la sucia humedad de los pantanos. Sienten apellidos de bestia los unos por los otros. Impotentes para sacudirse a impulsos de la pasión, se refugian y se amontonan, anhelando experimentar las crispaciones bárbaras del celo. Es un amor sin transcendencia el suyo. No triunfaria de la muerte, porque no ha echado raíces en la vida.

Yo quisiera ahondar aún más en aquel horrible pozo de miserias, y acudir en busca del alma de Madrid, al bullicio de sus fiestas populares. Guardo una impresión macabra de su famosa Noche Buena. Las calles de los barrios bajos estaban oscuras, las tabernas hervían de borrachos y habían cerrado sus puertas con una especie de pudor inexplicable; grupos de viejas y muchachas andrajosas subían a lo largo de las calles cantando coplas impudentes; dos golfillos canijos y harapientos pasaron hablando por mi lado y se hundieron en las negruras de la Ronda de Sagovia; uno de ellos decía: «vamos rotando como piedras...» Por ninguna parte aquella franca alegría y algarazas de las fiestas populares. Se trata de jóvenes que necesitan aguardiente para reír y de impúdicas viejas que se arrojan a la calle con la sucia zambomba entre las manos, porque tal vez las pobres no han gozado nunca y aún de ean gozar un poco antes de morirse. Todo aquello me daba pena y me ponía triste, porque en medio de la fiesta adivinaba el asco, el cansancio y la postración enfermiza del día siguiente.

He asistido con ansiedad ansiosa a las disputas y peleas de estas pobres gentes. He deseado encontrar en sus reyertas algo noble y heroico que me confortase. Todo en balde. Cuentan con una porción de frases hechas que se arrojan a la cara según las van recordando; repiten los insultos que oyeron la noche anterior en el teatro; riñen de memoria, haciendo reír a los amigos y riéndose ellos mismos; tienen acabadas todas las energías, y cuando se cansan de hablar terminan estertidamente sus disputas.

Este pueblo corrompido de los chulos no comprende la naturaleza, por lo mismo que vive tan apartado de ella. Sin verdadera necesidad de descansar, puesto que sus hombres pasan los días empleados en tareas de mujer; sin esa nostalgia de campo y de aire libre que dan a sus obreros las cuerdas de las grandes fábricas, cuando llega la fiesta, a todos los desterrados de los barrios bajos acuden en peregrinación a los viveros; meriendan, beben y bailan hasta que la noche les sorprende.

Pero sus bailes extraños al ritmo, huefanos de algría verdadera, muertos de calor, pálidos y monótonos como pantomima de teatro, son un nuevo espectáculo de degeneración é indiferencia, un deseo más de la carne muerta que quiere encenderse y palpitar...

A mí se me ha oprimido el corazón en estos días amargos en que buscando en Madrid al pueblo de quien yo lo espero todo, como el labrador lo espera todo de la tierra, me he encontrado con esas tristes hablas de semitas agotadas, último residuo de aquellos musulmanes indolentes que se mueren de pereza mirando con nostalgia el sitio por donde sale el sol a calentarnos. Y al mismo tiempo que un grito de enérgica protesta me hacía huir y considerarme extraño a aquellas torbas, sentía que una acusación honrada, surgiendo dentro de mí mismo, golpeaba mis entrañas.

Consideraba mi vaso con orgullo, pero no podía negar que aquellos pobres seres humanos eran las heces de mi propio vaso. Y me preguntaba y preguntaba a los míos con espanto: «¿Valemos, por ventura, más que ellos? Si tenemos vida en nuestra carne, ¿por qué no los hemos redimido? ¿Por qué los hemos dejado hundirse poco a poco, si había fuerzas en nuestro brazo para mantenerlos a flote, atenuándoles la frente con las manos?»

Y entonces mal dije de mí mismo y de los míos, que blasfemos de tener el agua y hemos dejado que la pobre planta del pueblo se consumiese y que sus raíces se pudrieran por falta de riego en lo interior de la maceta.

E. MARQUINA

No caerá esa breva

Después de demostrar que los curas y los obispos son los que alientan, impulsan y dirigen el separatismo catalán, dice *El País*:

«Pero lo que se oculta en el fondo de ese

tenebroso asunto, es el poder temporal del Papa, derrotado y perdido para siempre en Italia y que pugna por reaparecer en alguna otra región de Europa, preferentemente en las orillas del Mediterráneo y el corazón de un pueblo católico.

Se pensó en Palestina, como cuna del cristianismo; luego se trató de Malta, como posesión inglesa; pero ni los turcos ni los protestantes se sentían conmovidos por las ventajas terrenas y espirituales que les resultaban de dotar al Papa con un reino.

Por último, en las conjuras vaticanas, dirigidas por el cardenal que conoce muy bien a España y que supo sembrar relaciones importantes en nuestro país durante su paso por la Nunciatura, se ha soñado con un Estado Pontificio de Cataluña, que podría extenderse desde el Pirineo al Ebro.

Parece que había fracasado antes la tendencia a situar al Papa en las islas Baleares, probablemente en Mahón. Debieron las potencias oponer un veto a eso de entregar a un nuevo soberano una posición estratégica mediterránea.

Barcelona ya no importaba tanto, antes bien, el entregarla al Papa con todo el territorio catalán, no podía ser mal mirado por Europa, puesto que debilitaba a España.

Es claro que esta gravísima y criminal ruptura de la Patria española no se verificaría violenta y rápidamente. El Vaticano sabe muy bien que tiene que proceder con calma, paciencia y templanza sumas. A falta de la candidez de la paloma, desplegará ahora la prudencia y la astucia de la serpiente, practicando la mitad de la máxima del Divino maestro.

Se empezará por la proclamación de la autonomía catalana; vendrá después la oferta al Sumo Pontífice de un Palacio y una Basílica, a los que podrán trasladarse gran parte de las magnificencias del arte que decoran el Vaticano y San Pedro. La presencia del Papa en Barcelona atraerá millones de católicos que sancionarán el abandono de la impia Roma, al paso que dejarán su dinero a los grandes fabricantes y a la Iglesia.

Un día, más tarde ó más temprano, la Cámara regional autonómica proclamará rey al Pontífice, sin perjuicio de reconocer el protectorado de España...

Tal es el ensueño. ¿Cuál será el despertar? Mucho tememos que adquiera realidad y que los dormidos seamos los liberales españoles y los despiertos los vaticanistas.

Por lo pronto se cree, que a la realización de la primera parte de ese plan, que convertiría a Barcelona en Sede Pontificia del mundo católico, obedece la ida de Pidal a Roma como embajador, llevando para su obra absolutos poderes del gobierno y el apoyo del partido conservador, del carlismo, de los generales cristianos, de la Compañía de Jesús, de todo el clero regular é irregular y de los poderosos elementos reaccionarios de Cataluña.

Se cuenta para esta magna restauración del clericalismo, con las debilidades, las divisiones ó la complicidad de los partidos liberales y republicanos.

Y ya saben por dónde se andan los que cuentan con todo eso. Realmente no podrían encontrar en otra parte auxiliares más adecuados ni cómplices más útiles, que entre los degenerados demócratas de hoy. Nada hay más sucio que la nieve sucia.

Esto no obstante, soy de los que no creen en la salida del Papa de la ciudad en que se encuentra. No son tan tontos los que manejan el tinglado clerical, para no comprender que la influencia y los ingresos, éstos sobre todo, mermarían extraordinariamente el día que la Iglesia no fuese católica, apostólica, romana.

Y conste que me alegraría mucho equivocarme, precisamente por eso; porque la pobrecita Iglesia se reventaría. Mas ¡ay! no caerá esa breva.

EL PILAR

Grandes son los recursos con que, para vivir humildemente a expensas del trabajo ajeno, cuentan los sacrosantos sucesores del Cristo, humilde hijo de un carpintero.

Pablo, el apostol Pablo, ganó su subsistencia trabajando en el taller de un artesano; Pedro, el portero celestial, fué pescador, y casi la totalidad de los primitivos cristianos, catequizados ó catequizados, sacerdotes ó fieles, procuráronse el pan de cada día con el sudor de su frente, como lo dispusiera y ordenara el irritado Jehová al desterrar del Paraíso a nuestro buen padre, Adán el pecador...

«Que no coma el que no trabaja», dice San Pablo; pero esto no reza con los explotadores doctores del cristianismo. Y como eso de trabajar es muy poco lucrativo y excesivamente molesto, los señores sacerdotes, hombres talentados y avisadísimos por excelencia, no trabajan, porque han descubierto la piedra filosofal, el arte divino de transmutar la nada fantástica del misticismo religioso, en abundosos manantiales de oro amonedado.

Ellos han hecho el prodigio de los prodigios, han conseguido la materialización de lo inmaterial y la fecundidad asombrosa de lo infecundo. ¿Que cómo, preguntáis?

Id a Zaragoza, entrad en la santísima basílica metropolitana de Nuestra Señora del Pilar, y tan luego como lleguéis al magnífico altar donde el mundo católico rinde tributo de adoración a la excelsa Pilarica, por poco percipéis que sois, os explicáis perfectamente el enigma...

Allí, en la grandiosa basílica zaragozana, veréis caer incesantemente tras las ricas verjas de maciza plata que sirven de

muro de contención á las masas creyentes, monedas y más monedas hasta cubrir el suelo de la regia capilla; y si hacéis la vista en día de festividad solemne, por mucho que os preocupe la contemplación de la sagrada imagen, no podréis menos de observar la inusitada frecuencia con que los pequeños infantes recogen á talegos el dinero que lleva y alfombra completamente el pavimento de la grandiosa capilla.

La Pilarica es, sin duda alguna, una de las minas que mayores y más positivos resultados producen en España al clero católico. En el santo templo del Pilar, dedicado como todos los de la cristiandad, á glorificar á Dios y á su santísima madre alejando los espíritus de los fieles de las miserias y grandes egoísmos de la tierra, desde antes de que amanezca el día hasta bien entrada la noche no se cesa un solo instante de oír caer dinero y más dinero sobre las artísticas losas que cubren reglamentemente el suelo de la santa capilla.

Los extranjeros que visitan Zaragoza, al observar lo que con tal respeto acontece en el santo Pilar, quédanse estupefactos, pues no conciben que un pueblo pobre pueda dar para tanto, máxime contemplando la gran miseria en cuyos espasmos dolorosos se consume aniquilada la región aragonesa.

Los clérigos católicos, como buenos etnólogos, conocen el flaco de todas las grandes miserias humanas. Saben que el hombre es vanidoso por excelencia y que gusta de todo lo que halaga su orgullo patrio; y después de haber nacionalizado impiamente el cristianismo, lo han localizado, provincializado, para que se entienda mejor, á fin de explotar con más óptimos frutos el gran negocio espiritual por ellos usufructuado.

Así, pues, idearon una virgen *baturra* para explotar Aragón, y una virgen flamenca para explotar Andalucía. Cada región, cada pueblo tiene sus santos protectores; su patrón favorito, y no es raro ver seres exóticos que, no creyendo en los misterios fundamentales de la santa religión católica, creen, sin embargo, en el poder milagroso del santo patrón protector milagrosísimo del pueblo que les *viera nacer*.

¿Que esto es absurdo? Ya lo sabemos, pero á los clérigos nada les importa. Lo esencial para ellos es que los hombres se dejen explotar pacientemente, sea de una manera ó de otra.

Si Morgades, el furibundo catalanista, fuera arzobispo de Zaragoza, en vez de ser, como lo es, obispo de Barcelona, no se le hubiera ocurrido eso de declarar idioma del cielo el lenguaje catalán, y seguros podemos estar de que, en sus arengas episcopales, hubiera llegado á llamar á la excelsa patrona de Aragón, la *sublime baturra celestial*, como lo hizo en determinado pueblo de su diócesis cierto obispo aragonés.

Lo principal para obispos y sacerdotes es el negocio. Por eso han procurado arraigar en Aragón la devoción á la Pilarica, porque los aragoneses poco ilustrados, los *baturros*, halagados en su amor propio, podrán muchos de ellos dudar de la existencia del propio Dios, pero no así de la existencia de una virgen, su madre, que se tomó el trabajo de venir á visitarlos en carne mortal por el Ebro.

El negocio clerical de la Pilarica, es enorme. Los clérigos han sabido hacer popular la santa virgen amoldándola á la característica llaneza del pueblo aragonés, y no es extraño que produzca tanto como produce, cuando reyes y emperadores, generales y *sabios*, potentados y magnates, haciendo alarde de mentida religiosidad para embarrancar al pueblo, regalan á la celestial imagen joyas valiosísimas y hacen ricas donaciones para sostener su grandioso culto.

Siempre que visitéis el templo, aunque lo hagáis diariamente, hallaréis cubierto con tanto diferente el cuerpo misterioso de la sagrada imagen. La excelsa patrona de Aragón, la estatuzada reina del cielo que adora un pueblo bizarro, cuenta, según es creencia general en Zaragoza, con tantos mantos como días tiene el año.

La celebración de misas dura en la santa basílica, desde antes de despuntar la aurora hasta la una de la tarde, y no deben bajar de 200 las misas que en el templo del Pilar se celebran diariamente.

El negocio es redondo. La Pilarica es un filón inagotable, uno de los filones que más producen al católico clero español.

Da lástima ver en el suntuoso templo la impune facilidad con que es desquadrado el prójimo creyente. Pobres labradores que de lejanos pueblos van á Zaragoza con la fe ciega que el malometano á la Meca, á llevar á sus tiernos pequeñuelos para ser *pasados por el santo Pilar*, dejan en manos de aquellos opulentos fariseos clericales en *regalos*, misas y ofrendas una considerable parte de lo poco que les producen sus mil ciudades haciendas. En el Pilar todo cuesta dinero. Si uno desea que los *infantitos* pesen un escapulario ó una medalla por el *santo Pilar*, hay que gratificar espléndidamente la sagrada operación; las misas mandadas celebrar en cualquiera de los dos altares en que es lícito decirlos de los tres existentes en la capilla (en el de la Pilarica está prohibida la celebración de la misa), es preciso pagarlas á precios escandalosamente elevados, y por todos los ámbitos del espacioso templo está maravillosamente extendida la red inmensa de capillos y petitorios sugestivos que explotan la candidez del embelesado creyente.

Quando todo esto se observa, uno, claro está, casi casi cae en la tentación de creer en la verdad de la venida á Zaragoza de

la santísima madre del Redentor en carne mortal por el Ebro. Hay en el Pilar un testimonio perenne de tal maravilla. Constantemente llueve en la santa capilla riqueza amoneda, y este fenómeno providencial y milagroso, que tan buenos resultados proporciona á los ministros del Señor por la intercesión de su santísima madre, es capaz de convencer á un incrédulo... Sobre todo si es arzobispo de Zaragoza...

DONATO LUBEN

El arzobispo Spínola ha solicitado del gobierno que se exima del pago de la contribución el palacio de San Telmo.

Nada más justo, en un país donde se venden á millares las líneas de los infelices que no pueden pagar la contribución.

Supongo que lo que se ahorra por este concepto el arzobispo, será para enviárselo á su rey el *Chapa*, ya en metálico, ya en especie, (fusiles, municiones, fornicación...)

Sigue el saqueo

«De un tiempo á esta parte, dice *El Amputado* de Figueras, se han dado en esta ciudad varios casos de fallecimiento de señoras, generalmente viudas, ricas y viejas, que hacen testamento á favor de su alma, nombrando, naturalmente, herederos de confianza á personajes católicos de lo más granado, entre éstos siempre algún cura. Y, claro, en estos casos, los próximos parientes de la difunta son expulsados hasta de la casa mortuoria por los herederos de confianza, resultando finalmente que las difuntas, según parece, no se acordaron para nada de ellos.

Uno de estos casos es desde hace algunos días la comidilla del público. Se dice que el próximo pariente de la difunta reclama contra la validez del testamento que presentan los herederos de confianza, y que no faltan abogados que defienden que realmente puede impugnarse dicho testamento con probabilidades de éxito. Y se dice, por fin, que uno de los herederos de confianza, que al principio se mostraba intrínseco con el pariente de la difunta, le ha ofrecido ya, primero una cantidad, y luego otra mayor, para que desista de sus gestiones.

Veremos lo que resulta de todo ello; pero siempre constará que esas cosas sólo ocurren y pueden ocurrir entre católicos.

Nada, que se están comiendo á España curas y frailes, sin reparar en medios; que urge impedirlo, y que no puede ser por el camino que las Cámaras de Comercio pretenden, por el de economías ridículas que no alcanzan al clero, sin duda porque los comerciantes no quieren ponerse á mal con los representantes de aquel que abrió las puertas del cielo al buen ladrón.

¡La Iglesia se nos come!; vengo gritando hace tiempo, ¡la Iglesia se nos come!; y los liberales sin hacer caso, dándose golpes de pecho, y los republicanos yendo á misa y diciendo que la religión es asunto privativo de la conciencia. Estúpidos ó cómplices.

Sigamos así, y antes de diez años todo estará en manos de la Iglesia; y estando en ellas todo se estancará y pudrirá, y las naciones civilizadas tendrán perfecto derecho á empuñar, no mauseers, escobas, y venir á barrernos hacia Africa para que llevemos allí la barbarie.

Es seguro que al llegar aquí, algún republicano, espantado, se santigua y exclama: «padrenuestro, que estás en los cielos etc.», á lo que yo tengo el gusto de contestarle: «¡vete á embetunar las chinelas del ama de tupa-roco, imbécil!» Y aún podía ir mejor servido.

Obra importante

Hemos recibido el primer cuaderno del *Diccionario Popular Enciclopédico de la Lengua Española*, redactado por varios notables escritores.

La obra, además de su gran interés, es de gran actualidad, por hallarse redactada con sujeción rigurosa á la décima tercera edición publicada por la Real Academia Española en Noviembre de 1899, comprendiendo además de las voces sancionadas por ésta, términos importantes de todas las ciencias, artes y oficios, geografía en general y particular de España con expresión de las provincias, partidos judiciales, población, riqueza, número de las cajas de correos, etc., así como gran número de palabras y frases vulgares no comprendidas en los diccionarios publicados hasta ahora, y la conjugación completa de todos los verbos irregulares y defectivos.

Dado el carácter popular del libro, las definiciones se harán con la necesaria extensión y claridad, á fin de que sean de fácil comprensión para todos, resultando una obra muy útil y recomendable.

Se publicará por cuadernos semanales de 16 grandes páginas á tres columnas, en buen papel y esmerada impresión, al precio de 30 céntimos cuaderno.

La Dirección, Administración é imprenta del *Diccionario* se hallan establecidas en la calle de la Palma Alta, núm. 55, bajo, donde se dirigirá toda la correspondencia.

Subió el predicador al púlpito en una iglesia de Gracia y comenzó á predicar en castellano.

Un catalanista, reaccionario como todos, pidió en voz alta que predicara en catalán, como había ordenado el Morgades (obispo).

Al oír esto se oyó gritar en castellano castizo: «¡Que se calle ese imbécil!» El español y el catalán encontraron partidarios que comenzaron á insultarse en ambos idiomas, y ¡qué alegría! por poco no se lian á palos.

El *erocay* (lo diré en flamenco para que jueguen en esta noticia tres idiomas) salió de *naja* hacia la sacristía y los creyentes salieron tratando y gruñendo de la *chamsi*.

¡Hermoso! ¡Piramidal! ¡Los templos convertidos en plazuelas! Comienzan los tiempos que yo soñaba.

¡Siga el movimiento!

Mosen Martinetes, el cura que insultó en un anécdoto al gobernador civil de Castellón, ha sido condenado á no recuerdo cuanto tiempo de cárcel y 2.000 pesetas de multa.

Con esto y con la multa que llevó por haber insultado á González Chermá á poco de morir, creo que se le quitará al cura escribidor la manía de insultar.

Pero ¿qué digo? Como el escarabajo no puede sustraerse á su sucia misión, al neo tampoco le es posible dejar de ser *procaz* y *rabanerosco*.

Seguirá, pues, insultando ese cura y llevando lapsos republicanos y judiciales.

Con gran contentamiento mío.

JUICIO IMPARCIAL

Allá va el que emite sobre los curas y los frailes un católico tan probado como don Damián Isern, en un libro titulado *El desastre nacional*. Los antiguos lectores de *El Morín* recordarán las campañas que contra Isern sostuvo, cuando él dirigía la *Unión Católica*, por ser uno de los más acérrimos defensores de la Iglesia. Esto, el ser como es, avalora el juicio.

«En el clero, dice, existen muchos, muchísimos prelados de gran virtud y saber; pero á su lado se han visto otros, según resulta de hechos y documentos de carácter político, perfectamente comprobados, que reunieron fortunas cuantiosas y luego olvidaron, al dictar su testamento, deberes esenciales en todo principio de la Iglesia, habiendo desquadrado además alguno la liquidación de cuentas con el Estado sobre inversión de sumas considerables.» Y añade en una nota: «Los documentos referentes á la liquidación de cuentas, se guardan en centros oficiales bien conocidos.»

«Existen muchos, muchísimos sacerdotes de gran virtud y ciencia; pero existen otros en quienes causa terribles estragos la corrupción de costumbres; existen muchos flejes guardadores de las prescripciones canónicas en materia de usura y de simonía, y en administración de caudales eclesiásticos; mas existen desgraciadamente algunos, según quejas repetidas de eminentes prelados, que por el préstamo amasan grandes fortunas, apelan á medios ilícitos para la obtención de prebendas, y en administraciones parroquiales perciben limesnas por misas que no se celebran, al menos cuándo y dónde deben celebrarse.» «El autor posee multitud de documentos que constituyen prueba jurídica plena de cuanto afirma y no los publica por respeto... etc.»

«Es que la educación de los seminaristas, lo deficiente de la instrucción que se recibe en ellos, la poca caridad con que son tratados los *nuevos sacerdotes*, el sistema de afectos antepuestos al mérito, que tanto influye en la formación de los cabildos, el de las recomendaciones políticas aplicado á la provisión de toda suerte de cargos eclesiásticos... han producido terribles efectos en el clero.»

«Que abismo entre las magnas Universidades católicas del extranjero, donde se estudian y profesan, con los últimos recursos pedagógicos, cuantas ciencias modernas y problemas científicos hoy palpitan, y nuestros menudados seminaristas donde todavía rigen el P. Perrone, la Física aprendida de memoria, y los silogismos en *birbarol*... En Roma mismo, y por quien más puede hacerlo, se han formulado juicios nada li-sonjeros sobre estas tristes cosas de la España decadente. ¿Cómo extrañarse de que un clero en tales pechos criado sea el clero del odio negro á la cultura, el clero inocente del gran movimiento regenerador religioso que por el mundo civilizado circula como *aura nueva*?»

«La desamortización y el establecimiento en la Península de comunidades extranjeras que desde la restauración acá han acaparado riquezas por más de trescientos millones, según cálculo de un *insigne purpurado*, han influido poderosamente en la disminución de la autoridad social del clero. En realidad la mayoría del clero es pobre; por su ministerio se ve obligado á predicar la caridad y luego no puede practicarla.»

«Por otra parte, al recorrer la historia de nuestras congregaciones religiosas, se ve que han perdido de su esplendor, aun aquellas que más elevado lugar ocupan en la consideración de las gentes. Antes salían de sus filas hombres insignes en letras y en ciencias. Desgraciadamente para todos, actualmente ocurre poco de esto, cuando ocurre.»

«Las letras están representadas principalmente por (aquí una lista de nombres) y las ciencias á su vez por (otra lista) ninguno de los cuales pertenece á las órdenes religiosas y aún algunos de ellos no son católicos.»

«Se explicaría que abandonaran los religiosos las letras y las ciencias en cuanto tales, y se sirvieran sólo de ellas para con-

trarrestar la labor de la impiedad. ¿En qué tarea más provechosa podría emplearse la tranquilidad de los claustros que en la producción de refutaciones contundentes de obras de perdición para las almas?»

«A la vista está que en España existen muchos colegios y academias que producen pingües rendimientos á las órdenes religiosas que los sostienen. Pero en España no existen, como en Italia, Francia, Inglaterra y Alemania, grandes revistas científicas de controversia, redactadas por religiosos, ni obras de polémica científica, á la altura de necesidades de la cultura moderna, redactadas por religiosos, ni grandes esplendores de la cátedra sagrada, sostenidos por religiosos, ni campañas de Ateneo ó de prensa diaria, sostenidos por religiosos.»

«Desgraciadamente, si no se va nada de eso, se ven en los mercados productos industriales de Comunidades religiosas, algunas extranjeras, en competencia con el trabajo y la producción nacionales; en cambio se habla en no pocas provincias, de los bienes materiales que ésta y la otra comunidad acumulan, mientras muchos curas párrocos no pueden vivir, y algunos sólo viven con el trabajo de sus manos y el sudor de su frente...» Y en una nota: «Los fabricantes se han quejado por no poder sostener la competencia con cierta Orden, que, como otras muchas, ni aún observa el descanso dominical.»

«¿Quién le hubiera dicho á Isern, cuando tantas batallas reñía con *El Morín*, que habría de llegar un tiempo en que, sin renegar él de la religión de sus mayores, escribiera párrafos que pudieran llevar por bajo mi firma!»

Abandonó lo que ahora ha hecho su honradez y su sinceridad, retiró con mucho gusto cuantas palabras mortificantes le dirigí hace años, y me complazco en reconocer que es uno de los pocos que se atreven á poner hoy la verdad y la justicia sobre el error y la propia conveniencia.

Que es el mayor elogio que puede hacerse hoy de un hombre en este país de hipócritas y cacos y cucos.—J. N.

Lo que se dice en Zamora

Se dice, respecto al hecho á que me referí en el número de 17 del corriente, que una mujer del arrabal de San Lázaro denunció al Juzgado que un tal Casto, (tijo, Castro), ferviente católico, había destruido á su hija, de doce años de edad.

Que el Juzgado nombró á los médicos Arribas y Martínez para que reconocieran á la niña, y su informe no era el más á propósito para canonizar al virtuoso creyente.

Que el juez dictó auto de prisión contra él; pero que sus hermanos políticos (los del Casto, digo, los del Castro) y muchos amigos, todos de posición y adoradores del Corazón de Jesús, trabajaron tanto y tan bien, sobre todo con la mamá de la interfecta (madre que luego resultó apócrifa), que retiró la acusación, y, por lo tanto, el juez retiró el auto.

Que toda la población se ha enterado, excepto *El Heraldito de Zamora*, fusionista, y *El Correo*, carlista, á pesar de la reconocida actividad de sus reporteros, lo que no hubiera ocurrido al tratarse de algún impio; verdad es que los impíos no se dedican á cometer semejantes atrocidades, reservadas á las personas que confiesan y comulgan.

Que allí se pasa por todo con tal de no hacer públicas las gracias de clérigos y clericales. Un ejemplo: el padre de una señorita á la que trató de seducir en el confesonario un cura andaluz, joven, de buen trapío y con un elevado cargo en el Seminario, hizo cuanto pudo por ocultar el hecho en vez de denunciarlo; no lo consiguió porque se ocuparon de él los periódicos y el obispo tomó parte en el asunto, si bien quedó todo reducido á que el aspirante á seductor hiciera un viaje á Segovia. ¡A cualquier cosa llaman un padre!

Que de lo de la monja aquella que trató de suicidarse no ha vuelto á decirse nada; sólo se sabe que el obispo llamó á guardia civil que impidió que se suicidase y le suplicó que aguantase el mirlo.

Todo esto se dice por Zamora, donde, según se me asegura, hay verdaderos republicanos, pero que no pueden hacer nada, porque el 90 por 100 de los habitantes de aquella histórica ciudad son hipócritas y farsantes y niegan la sal y el agua al que se atreve á protestar de la inmundicia del clericalismo.

Si, si; ya comprendo que es difícil y expuesto oponerse á la avalancha nea, en las localidades pequeñas más que en las grandes. Pero también se me alcanza que unos cuantos hombres de buena voluntad, si se unen para luchar y ampararse mutuamente, contrarrestan la influencia malsana y triunfan de muchos obstáculos.

Y respecto á la hazaña atribuida á ese partidario del Sagrado Corazón y de las niñas de doce años, me parece muy en armonía con las costumbres de los beatos; sólo encuentro que se ha excedido un poco, un siendo fraile, como no lo es, ó no habiendo cantado, por lo menos, alguna que otra misa. Esto de invadir atribuciones puede á la larga llevar hondos quechis al campo clerical.

¡Y VAMOS VIVIENDO!

Una demente dió una patada en el vientre á Dolores Castro y Navas, que llevaba nueve años de enfermera en el Hospital civil de Málaga.

Parecía lo natural que en el hospital la hubiesen curado de la enfermedad que por tal motivo contrajo, mucho más debiéndole la Diputación 800 reales; pero, como esto era lo natural, la arrojaron á la calle.

Y allí se fué con su padre, anciano de 70 años, también enfermo y sin pan que llevarse á la boca.

Solicitaron cobrar para no morir de hambre, pero inútilmente; si bien tuvo el gusto el padre de saber, el día que

fué al hospital, que se estaba celebrando en el edificio un banquete de toreros, periodistas y empleados, como al día siguiente se celebró otro en el hotel de Roma de diputados y toreros.

Después de referir esto, dice *La Bomba*:

«Sigán su camino los hombres inmorales sin corazón ni sentimientos; ya les llegará su día. Y mientras se pagan al Presidente de la Diputación dieciocho mil duros por medicinas, mientras se autorizan pagos de obras no ejecutadas en el Hospital, mientras se le da cuenta á alguien de las trece mil pesetas de la corrida de Beneficencia, y mientras se le niega el triste jornal á una desgraciada y se la mata de hambre, los que no podemos, los que no robamos, mitigamos en algo la desgracia de los que mueren asesinados por el agiotaje de los hombres sin conciencia.»

Se escribe esto, se prueba, y no hay autoridad, ni judicial ni civil, que tome cartas en el asunto.

Y se habla de regeneración en un país, donde para robar impunemente, lo único que se necesita es alcanzar posición política, ocupar un alto cargo ó tener de su parte á un diputado ó un cacique!

Cada día hay que convencerse más de esto:

España no tiene salvación, si no viene un cataclismo tan tremendo, que se me persiga á mí por reaccionario, según he dicho varias veces.

Hace unos días al ir á cerrar las puertas de la iglesia de Molins de Rey, encontramos escondido en un confesonario á un sujeto, y lo prendieron, y cuando estaba atado y dentro aun del templo, no fué muy bien tratado por un ministro del altar.

Mal hecho estuvo lo último, pero me lo explico. Pretender llevarse algo de lo que al pobrecito cura le había costado tantos sudores el ganar!

Lo que quisiera saber es la cara que pondría Cristo al ver á su ministro zurrando al amigo, El, que es todo amor y bondad y dulzura.

Milagro fué que no saliera corriendo y exclamando: «¡Esto es el acabose!» ¡Convertir mi casa en sótano de prevención policial! ¡Me voy para no volver!»

El caso no era para menos.

Los jesuitas fueron á Alcoy, ejecutaron algunas de sus funciones de mojiganga, y salieron después á una de neo sin rematar la suerte, ante una silba que se cernía sobre sus calabazas.

Si en todas las partes á donde fueren se encontraran con republicanos cual los de Alcoy, no se permitirían el lujo de embutecer, pervertir y saquear las poblaciones.

Mi enhorabuena á las personas decentes que ahuyentaron á los cuervos loylescos.

Llega á mí el rumor de que acaban de despadir en el convento de Bernardas de Vallbona, pero á toda prisa, al Padre de aquellas... virgenes creo que se les llame; al hortelano y á todo macho viviente que por aquel santo y productivo vergel descirriera.

La causa? Ignórola. En algunos conventos ha ocurrido á veces lo mismo, y siempre relacionado con cuestiones de obesidad femenina. Mas no por esto voy yo á suponer que en el de Vallbona haya engordado ninguna monja en términos que hayan hecho necesaria tan radical medida, y con tanta urgencia.

Se encontraron dos curas bilbainos.

Y por cuestión de faldas (femeninas, no de las que ellos usan), se acariciaron tan ferozmente las evangélicas jetas, que resultaron con ellas y con los carrillos aumentados en quinto y tercio.

Así me gustan á mí los curas; peleándose con su sombra por una personita de gracia. Como si fueran hombres, vamos.

¡Y olé!

Por si eran pocos los diez ó doce misioneros que por allí pastan, han llegado á Zafra 60 ó 70 frailes blancos y negros, que están saqueando á beatas y beatos que es un gusto.

Si se limitaran á esto, habría motivo para aplaudirlos. Nada hay que me guste tanto como el un fraile despluma á un beato, á no ser el pensar en una próxima reproducción, corregida y aumentada, del simpático año 1835.

PI Y MARGALL

ANTE EL REGIONALISMO, LA FEDERACIÓN Y LA UNIDAD DE LA PATRIA

POR JOSÉ TRINCHANT Y FORNÉS

Este folleto, de 134 páginas, es el estudio más acabado que se ha hecho sobre la personalidad política y las doctrinas del señor Pi y Margall. Su autor, periodista notable, hombre de recto criterio y de gran ilustración, lo ha dado á luz en defensa de las ideas federales siempre y á conciencia por él profesadas.

No es, pues, un ataque rudo á una personalidad política; es la disección completa de una conducta y de unos procedimientos que han matado un gran partido.

No quiero dar mi opinión sobre el folleto, temeroso de que se califique de apasionado mi juicio, por lo mucho que he combatido desde hace años la política del señor Pi, y también porque, para que los lectores de *El Morín* se formen una idea de la obra, nada mejor que reproducir algunos de sus párrafos.

Hable, pues, el señor Trinchant en la *Introducción*.

«De todos los hombres que han figurado á la cabeza de la Democracia española, de medio siglo acá, el que merece

ha contribuido a la propagación de esta doctrina y coadyuvado a la formación del partido que en su mayor pureza la defiende, es don Francisco Pi y Margall. Sin embargo, algunos de sus correligionarios, no sólo le consideran como la encarnación viva de las ideas y aspiraciones de todos los federales, sino que le llaman también «El maestro de todos».

Maestro de todos Pi y Margall! Si este dictado se lo dan sus discípulos por adulación, nada tengo que decirles: si se lo dan por ignorancia, sírvanse leer con atención estas páginas y aprendan lo que, por lo visto, todavía ignoran, a pesar de las enseñanzas del maestro.

El señor Pi y Margall podrá ser todo lo sabio que sus apasionados quieran; pero no es un propagandista popular en la acepción propia de la palabra.

El propagandista verdaderamente popular se distingue, sobre todo, por el entusiasmo y la perseverancia con que consagra su inteligencia y sus bríos, no al encumbramiento de su persona, sino a la difusión de su ideal, explicándolo a las muchedumbres con sencillez y claridad hasta apoderarse de la conciencia más rebelde, inculcándolo en el entendimiento más rudo. ¿Necesitaré esforzarme para demostrar que don Francisco no es de la madera de esos propagandistas?

A todos los hombres más notables de la escuela liberal se les ha visto abrazar, desde mozos y por el solo impulso de su propio sentimiento, la bandera que mejor simbolizara su ideal político, y sacrificar en su defensa los intereses, el reposo, la libertad y hasta la vida. Pi y Margall, por el contrario, hasta la edad de 27 años, según sus biógrafos, no pensó en hacerse político, ingresando en las filas de la democracia, no espontáneamente por amor a la idea, sino después de maduros cálculos, de largas y frías meditaciones.

¡Oh! No se dirá de él que obró con precipitación!

Por de pronto, recuérdese que Pi y Margall permaneció en el ostracismo hasta que, elegido diputado por la circunscripción de Barcelona, se vio revuelto de la inmunidad parlamentaria, siendo, por consiguiente, el último de los emigrados que regresó a España después de la Revolución.

Cuando en 1869 resolvió don Francisco abandonar a París para venir a ocupar su asiento en las Constituyentes, el partido democrático federal—óiganlo bien los neófitos discípulos de Pi—estaba ya formado y acababa de dar público y elocuente testimonio de su pujanza y cohesión, mandando a aquellas Cortes setenta representantes.

«Una vez en Madrid, don Francisco se cuidó, más que de propagar la sana doctrina del partido federal, ó de exponer con claridad la suya propia, de seguir atentamente el desenvolvimiento de la política revolucionaria; la actitud y las evoluciones de los partidos militantes y de sus hombres más significados; las tendencias de los republicanos y las aspiraciones de los socialistas; en una palabra, la marcha general de los sucesos y las manifestaciones todas de la opinión pública, en sus diversos matices; como si tratara de ir sorteando las ocasiones, a fin de aprovecharse oportunamente, con cautelosa habilidad, de aquellas que mejor coadyuvaran al triunfo de su política puramente personal».

He aquí la causa a que han obedecido siempre los actos públicos de más resonancia, realizados de cuarenta años a esta parte por Pi y Margall, entre los que se cuentan: la inoportuna exposición de sus confusas ideas económicas en 1863, que fraccionó a los demócratas en individualistas y socialistas; sus imprudentes protestas contra el levantamiento republicano de 1869 y la insurrección del Ferrol de 1872, que dividió al partido en benévolos é intransigentes; la extemporánea declaración del pacto bilateral, que desde 1881 mantiene en pie el divorcio entre republicanos de la misma familia; la actitud revolucionaria unas veces y antirrevolucionaria otras que adoptara en 1873; sus opiniones, favorables ayer, contrarias hoy al retraimiento; su oposición sistemática a toda concordia republicana que él no iniciase; sus veleidades coalicionistas que le llevaron en 1885 a concertar con los monárquicos más desacreditados alianzas que hoy «condena resueltamente por deshonrosas é inmorales»; su resistencia obstinada a facilitar la unión de los federales y la inteligencia entre los republicanos, no obstante ser una y otra tan necesarias y asequibles; el empeño tenaz con que ha abogado, en cambio, por la refundición de todos los republicanos bajo un programa común, el suyo; refundición que, por lo antidemocrática, inmoral é insensata, había en otras ocasiones rechazado

enérgicamente; y, por último, sus sospechosas declaraciones recientes sobre el regionalismo catalán.

Si lo que Pi y Margall se propuso con sus indefinidas ideas sobre el socialismo, sus contradicciones doctrinales, sus intransigencias y su maquiavelismo, fué desacreditar en el concepto público el sistema político que aparenta defender, y destrozar al partido que lo sustentaba, fuerza es confesar que lo ha realizado cumplidamente.

Hoy los principios del antiguo partido federal están fundamentalmente mixtificadas, y de aquella formidable masa de federales que fué un día la esperanza más legítima de la patria, sólo quedan algunos grupos, siendo de ellos el menos numeroso y el más pobre de personal sano y de representación en la Prensa y el Parlamento, el que acudilla don Francisco Pi y Margall.

«Para conocer a fondo el carácter y el pensamiento político de un hombre público, es necesario tratarle y estudiar sus obras; y yo no había tratado a don Francisco hasta el año 1888, ni leído *Las Nacionalidades* hasta 1892.

De 1888 datan mis relaciones con don Francisco Pi y Margall, y también mi desencanto.

Digo desencanto, porque el trato me descubrió en él, no al político serio, franco, noble, de carácter íntegro y de conciencia recta que su fama pregonara y que a mí me había hecho concebir, sino a un hombre falaz, astuto, solapado, de espíritu angosto y de alma inaccesible a todo sentimiento de justicia.

El desengaño sufrido; las acusaciones gravísimas que diariamente le dirigía una buena parte de la prensa republicana, y, sobre todo, ciertas declaraciones doctrinales consignadas en *El Nuevo Régimen*, declaraciones sospechosas que venían a justificar los temores que obligaron a tantos federales a separarse de Pi y Margall, despertaron en mí vehementísimos deseos de leer su libro *Las Nacionalidades* y sus discursos sobre el pacto.

Grande había sido la sorpresa que me guardaba el trato con el señor Pi y Margall; pero fué aún mayor el asombro que me reservaba la lectura de su libro y sus discursos.

¡Ah! Si yo hubiera tratado y leído antes a Pi y Margall; si hubiera conocido a tiempo la doblez de su carácter y la falsedad de su doctrina política, de otro modo muy distinto habría yo hablado en mis *Cartas*, publicadas en 1887-88; en mi semanario, que apareció en Mayo de 1889, y en mi libro *Unitarismo y Federalismo*, que di a la estampa en 1890.

Pero ya que no lo hiciera entonces, por los motivos indicados, quiero hacerlo ahora; que nunca es tarde para prevenir una gran desdicha; y desdicha grande, y quizá irreparable hoy, sería para todo español sincero ver nuevamente desgarrada la patria por el vergonzoso procedimiento empleado en 1873.

Y a eso se camina. Yo lo afirmo.

Y esta afirmación no es hija del capricho, sino del convencimiento más profundo, adquirido y arraigado después de nueve años de una observación constante y de un estudio detenido de todas las manifestaciones y todos los actos políticos realizados por don Francisco Pi y Margall, a quien acuso, ante la conciencia pública, de político anárquico, disolvente y perturbador. Acusación que aparecerá plenamente justificada en estos Apuntes, y que nadie puede dirigirla con más derecho que yo, porque nadie le ha defendido con más desinterés ni con mayor lealtad.

Después de esas Exploraciones preliminares, entra el señor Trinchant en materia analizando lo que es el regionalismo para el señor Pi, las falsas teorías del pacto, el consentimiento, el derecho de no poder, el concepto equivocado de la federación, todo tratado a conciencia, abundante de doctrina, lleno de datos, y concluye analizando la personalidad de Pi y Margall y la clave de su política. A esta parte, la sexta del folleto, pertenecen estos párrafos:

«En los artículos que preceden queda totalmente probado que Pi y Margall antepone la federación y el pacto a la república, y la república a la democracia, aun cuando alguna vez, para desmentir a los que le acusan de abogar por la reconstitución de la Edad Media feudal, afirma candorosamente que es demócrata antes que republicano y federal».

Mas como la federación y el pacto son, a juicio suyo, igualmente aplicables a la monarquía que a la república; lo mismo a las repúblicas conservadoras que a las radicales; lo mismo a las monarquías absolutas que a las democráticas; de ahí el que don Francisco aparezca ante la opinión liberal del país como un político tornasolado, provisto de dos caras como el dios Jano de la mitología romana; una que mira al Oriente, es decir, a la república; y otra que mira al Occidente, es decir, a la monarquía. De donde se infiere que Pi y Margall tiene puesto un pie en cada uno de estos dos

polos opuestos de la política: la democracia y el absolutismo.»

«Mas no por eso voy a suponerse que el jefe de los neofederales se ha entregado en cuerpo y alma al absolutismo. Pi no se entrega a nadie. Pi no se ha consagrado nunca ni se consagrará jamás, sin su cuenta y razón, a la defensa de ninguna causa, la absolutista inclusive. Para eso sería necesario que tuviese fe en alguna idea; y es visto que don Francisco no cree en la bondad de ningún ideal político, ni en la eficacia de ningún sistema socialista. Para él todas las formas de gobierno, como todas las teorías del socialismo, son igualmente buenas y detestables, según que los partidarios de los unos y de las otras le rindan el debido acatamiento, sometándose incondicionalmente a su exclusiva dirección».

Esto quiere decir, hablando en plata, que en las manos de Pi y Margall la libertad y el absolutismo son dos instrumentos de que se sirve hábilmente para imponerse, según las circunstancias; por la primera, a los absolutistas de todos colores; por el segundo, a los liberales de todos matices.

La historia política de ese hombre singular, ofrece multitud de ejemplos que confirman esa verdad. Pero yo no citaré más que uno; este:

En 1873, Pi y Margall siguió una política ambigua, vacilante; mitad reaccionaria, mitad demagógica; débil unas veces, resistente otras. En el poder dejaba que la reacción tomase extraordinario vuelo para imponerse a los cantonales, quienes acabaron por cifrar en él todas sus esperanzas: en la oposición atizaba cautelosamente el fuego del cantonalismo para imponerse a los radicales, quienes le habían declarado guerra sin cuartel. Pero sin perjuicio de halagar a los alfonsinos y a los carlistas, allanando el camino del trono a sus respectivos candidatos, en tanto que trabajaba a la sorda por irse allá en el Norte, en una de las vertientes del Pirineo, se constituyera, independientemente del resto de España, una nación, reino ó república.

A esa promiscuidad de los sistemas más antitéticos, de las teorías más opuestas y los procedimientos más contrarios, debe Pi y Margall la triste celebridad que goza, no sólo como «político anárquico y perturbador», sino también como «filósofo utopista y paradojo».

«Pi no cree en nada más que en su absoluta superioridad sobre todos los mortales. De ahí el que no haya consentido nunca ser segundo de nadie, ni que nadie tampoco comparta con él la dirección suprema del partido. Pi quiere ser sólo, único, absoluto; y jamás transigirá con quien previamente no se someta a su jefatura unipersonal y no reconozca su infalibilidad como pontífice máximo del federalismo.»

«Yo creo firmemente (quiero creerlo) que entre los federales sinceramente demócratas no ha de haber ya ni siquiera uno que no afirme conmigo que la institución monárquica, lejos de adaptarse al sistema federativo, lo contradice, lo bastardea, lo anula; y que, por el contrario, la única forma de gobierno propia de la federación es la república; así como la base obligada de la república es la democracia».

Pues bien: el señor Pi y Margall, el maestro de todos, opina que en nuestro país cabe establecer una federación ó confederación como la de Austria; absurdo que ya en 1860 defendió ante el tribunal de imprenta.

«He aquí la acusación que le dirigí en 1881 Fernando Garrido:

«Haciendo del pacto sinalagmático (léase hoy el consentimiento) dogma fundamental del partido, Pi y Margall no sirve a la causa del progreso, sino a la de la reacción, retardando el día del triunfo de la Democracia, y preparándole, cuando éste llegue, catástrofes espantosas.»

No se puede negar que la profecía lleva camino de cumplirse en todas sus partes.

Que Pi y Margall no ha servido nunca a la causa del progreso, suficientemente probado queda en las páginas todas de este folleto.

Que Pi y Margall ha hecho cuanto ha podido por retardar el triunfo de la Democracia, en beneficio sólo de la causa de la reacción, bien claramente lo dicen los dieciocho años de su jefatura unipersonal empleados en desorganizar a los federales, entorpecer todo intento de concordia entre ellos é impedir toda inteligencia con sus afines; en renovar periódicamente los organismos de su microscópico partido, para satisfacer menguadas ambiciones y sembrar odios entre los caciques y caciquillos de las localidades, proporcionándose a la vez la pueril satisfacción de verse a la cabeza de sus consejos y comités, como Tarasca en procesión; en reunir asam-

bleas para provocar cismas y escándalos en desprestigio de la causa y desdoro de sus parciales; en arrastrar a éstos a las urnas para contener a los impacientes, llevando a sus paniaguados a las Cortes, a las Diputaciones provinciales y a los Municipios, con el apoyo de los conservadores; en confeccionar programas y proyectos de Constitución irreales, y en que se consignaran derechos políticos y reformas sociales que braman de verse juntos; en celebrar meetings, para exhibir su venerable figura de Padre Santo, y deleitarse oyendo las alabanzas hiperbólicas que le enderezaban los trompeteros de su fama; y, finalmente, en sostener casinos para con sus oraciones anodinas adormecer a los mismos; en tanto que el jesuitismo, principal causante de todas las desdichas de la patria, iba cautelosamente extendiendo por doquiera sus impalpables redes y la reacción clerical ensanchando sus dominios hasta enseñorearse descaradamente de toda España.

Y que Pi y Margall, en fin, prepara para el día del triunfo de la Democracia, catástrofes espantosas, bien elocuentemente lo revela su apelación a los sofismas y a las ambigüedades, a las afirmaciones y negaciones, y a los avances y retrocesos a que sistemática é invariablemente apelo en 1873.

Así lo hemos visto, desde que quedó planteada la crisis nacional, afanarse por exhibir su personalidad, su egotismo y su nombre, aguijoneado sin duda por el deseo de demostrar a los que le creen décrepito y desprestigiado, que todavía su voto puede pesar en la balanza de la política española é influir de una manera decisiva en los futuros destinos de la nación.

Así lo hemos visto mariposear en torno de cuantos organismos ó núcleos de fuerzas sociales han venido formándose enfrente del gobierno, ya adulando, ya deprimiendo a sus iniciadores, y, sobre todo, haciéndoles notar las deficiencias de sus respectivos programas, como para advertirles que fuera del suyo, del que él confeccionó en 1894, no hay regeneración posible para España.

Así lo hemos visto aprobar, de un lado, la resistencia pasiva de los contribuyentes de Barcelona, y defender, de otro, la anárquica aloución de su gobernador, hasta el extremo de hacer linchamiento en ella para concretar a los proletarios en contra de las clases productoras y mercantiles.

Así lo hemos visto jalear bajamente a los socialistas para sumarlos a su exigua agrupación, mediante el cebo de unas cuantas reformas sociales no sentidas; y desahuciarlos luego por medio de indirectas a lo Padre Cobos, como esta que hace poco les enderezó a los catalanistas:

«Mucho nos complacería—les decía en su semanario—que el catalanismo y el regionalismo se confundieran y conviniessen en un solo programa, en un programa amplio como el nuestro, aunque prescindiesen de nuestras reformas sociales.»

Lo cual vale tanto como decir que, con tal de que se acepte su programa y se reconozca su jefatura, Pi y Margall está dispuesto a dejar en medio del arroyo, no sólo el pesado fardo de las reformas sociales ofrecidas, sino también la balija en que hace más de diez lustros guarda bajo siete llaves esa democracia, que él, más aún que a sus congéneres los catalanistas, le huele a cuerno quemado.

Así lo hemos visto también; unas veces, patelear con todos los elementos de progreso que se congregan para sacar a flote, del nacional naufragio, las libertades conquistadas y la integridad del territorio; y otras, hacer causa común con el poder invisible que se obstina en sumir de nuevo a España en la barbarie del siglo xiii.

Y que el triunfo de ese poder invisible, pero formidable, que hace más de tres siglos que viene perturbando al mundo, lo considera Pi y Margall como seguro, bien lo revelan estas arrogantes palabras, escritas en *El Nuevo Régimen* de 21 de Octubre último:

«Toda resistencia es ya inútil. Entre los federales y los regionalistas de todo linaje, a la federación llevaremos a nuestra España, mal que al mundo pese.»

Amenaza quiétesca, que parece calada en esta otra que lleva por contra el sabroso Manifiesto catalanista de 1897:

«Esto es lo que queremos: a esto vamos, a esto llegaremos, a no tardar mucho.»

Y en tanto que Pi y Margall se esfuerza por guardar el más perfecto equilibrio, puesto un pie en el progreso y otro en la reacción, para dejarse caer oportunamente del lado que más le convenga, consagrándose sus heraldos a aconsejar a los republicanos de todos matices, a los socialistas de todas las escuelas (la católica inclusive), a las masas neutras, a todo el país, en fin, a que se agrupen «bajo la égida» del varón más

insigne, del repúblico más eximio, del político más previsor y del hombre más virtuoso de las generaciones pasadas, presentes y aun futuras, de don Francisco Pi y Margall, a quien presentan como la única esperanza de salvación que le queda a la patria.

Yo bien sé que el canto de esas sirenas engañadoras no ha de encontrar eco fuera del menguado círculo en que se mueven los piistas; porque si aquí sobreviene un cambio de régimen y por cualquier azar el poder pasa, como en 1873, a las manos de ese hombre funesto, a quien por algo don Estanislao Figueras llamaba «Barrabás», ya pueden todos los liberales y los españoles todos exclamar, parodiando a un célebre tribuno del antiguo progresismo:

¡Dios salve la libertad! ¡Dios salve a España!

¿Qué decir después de esto? Recomendar la lectura de este folleto, importante por la personalidad del autor, por el momento en que se publica, por la tendencia y por el propósito. En él se explica perfectamente la conducta de ese hombre tan acérrimo partidario de la desunión de los republicanos, que no sólo se ha negado y se niega a toda inteligencia con los de las demás fracciones, sino que ha dividido y subdividido tantas veces al partido federal, que apenas queda hoy de él sino el recuerdo de la grande que fué en otro tiempo.

El folleto *Pi y Margall*, se vende a peseta en las principales librerías.

Los pedidos pueden hacerse a don José Trinchant Rivora, calle de Alfonso XII, 15, principal, centro, Madrid.

EL ROBO

He visto en Argelia a unas pobres mujeres marroquíes llevando esparto en hombros desde el *chautier* hasta la playa en los largos días de verano, por veinte céntimos, y he visto también rodar por las curtiduras mejillas de aquellas desgraciadas gruesas lágrimas, que venían a caer sobre las monedas que recibían por su penoso trabajo.

¡Dieciséis horas de jornada por veinte céntimos! Verdaderamente tenían motivo para llorar. El robo de que habían sido víctimas no podía resultar más manifiesto, y, sin embargo, a nadie se podía quejar; si la justicia estaba de su parte, la ley estaba de parte del patrono, quien, en uso de su perfecto derecho, y siguiendo los principios expuestos por los economistas, fundados en la oferta y la demanda, comprobaba a aquellas hambrientas é infelices criaturas una jornada de trabajo por semejante cantidad, y se quedaba satisfecho de su obra.

En efecto; con arreglo a la moral burguesa, su conducta era irreprochable. Que las mujeres habrían sido robadas era evidente, como lo era también que la ley no había sido violada en lo más mínimo.

He visto igualmente en el mismo país trabajar a los hombres por treinta céntimos. Pero eso, se dirá, pasaba en Argelia; aquí no lo hubiéramos tolerado; como si las causas que producen los males sociales no fueran las mismas en todas partes. Podrá variar la intensidad, pero el padecimiento es el mismo. ¿No ganan los gañanes de sesenta y dos á sesenta y cinco céntimos en los cortijos de Andalucía?

En las prisiones no es raro ver gentes trabajar diez horas ó más por un jornal de diez céntimos. Esto no lo he leído ni me lo han contado; lo he visto, y pronosticado a muchos desgraciados que marchaban por tal camino a una muerte segura, como los hechos se encargaron de confirmar.

Y pensar que muchas de esas pobres criaturas, a quienes de tal modo se les roba la existencia, están presas por robar! En todas partes donde la alimentación de los más está a cargo de unos pocos, en cuarteles, hospitales, asilos y prisiones, el hambre es la ley, lo normal, lo inevitable, lo que causa más víctimas que el cólera, la tisis y todas las enfermedades juntas.

Sólo hay un remedio infalible contra esas espantosas calamidades; la transformación de la propiedad.

Lo repito: tener presos a unos cuantos pobres por el delito que todos cometemos, es absurdo, inicuo é injusto en alto grado.

Hoy el robo da palacios a unos, á otros cárceles.

FERMIN SALVOCHEA

El Cardona obispo de Sión, que sólo tiene 20.000 pesetas de sueldo anual, ha comprado un soberbio palacio en Ibiza.

Lo que produce el negocio de la salvación... de las almas de los tontos!

Ni el que inventó don Baldomera.

Apostolado de la Verdad

FOLLETOS DE PROPAGANDA

A 15 céntimos uno, 10 para los suscriptores a El Motin

CRISTO EN EL VATICANO, por Víctor Hugo.
LOS REYES CON MOTIV, por «El Motin». Con láminas.
LA INFALIBILIDAD DEL PAPA, ó LA VERDAD EN EL VATICANO, RESCATE DEL OBISPO STROSMAYER.
JUANA LA PAPA, por Julio Fernández Mateo.
LA MUJER Y LA IGLESIA, por id.
MONTE SECreto, ó INSTRUCCIONES reservadas de los jesuitas.
LA VISITA PASTORAL, viaje en tres jornadas y en verso, por un presbítero.
¿QUÉ ES LA RELIGIÓN DE JESÚS-CRISTO? Discurso pronunciado por mi obrero en el círculo «La paz» de El Ejido.
CARTAS DE TAYLLERANO al obispo de Clermont y al abate Meury.

MADRID.—IMPRENTA, PALMA, 55, DUPLICADO;